

En conclusión, el presente volumen ofrece acertados ejemplos de diversos modos de selección y manipulación de los autores clásicos en obras de carácter muy diferente como epígrafes, florilegios, fábulas, emblemas y traducciones posteriores, profundizando de este modo de forma rica y con un planteamiento novedoso en el estudio de la tradición y pervivencia de las obras y autores clásicos.

Marta CRUZ TRUJILLO
Universidad Complutense de Madrid

Emilio ZAINA, *La materialidad de la escritura en los poemas de Catulo*, Ámsterdam, Adolf M. Hakkert, 2009, 173 pp.

Con esta obra, el Profesor Emilio Zaina nos brinda la oportunidad de saborear la poesía de Catulo desde una perspectiva tan innovadora como sugerente: incidiendo en cómo el proceso de escritura en sí adquiere en estos poemas una dimensión plástica y material. Pero el interés de la presente obra no sólo radica en su contenido científico y en la originalidad de la perspectiva desde la que es abordada la obra del poeta; puede considerarse, además, un ensayo que conjuga la claridad expositiva con la belleza y la sutileza de un estilo que nos permiten una lectura ágil y placentera; lectura aderezada, además, en todo momento, con extractos selectos de la obra de Catulo —en latín y en castellano—. La tesis que defiende el autor se apoya fundamentalmente en las obras de K. Quinn y de P.A. Miller, y se opone a la opinión más popular, representada fundamentalmente por la obra de T.P. Wiseman. Quinn, Miller y el propio Zaina reflexionan sobre la gran importancia de la escritura en la génesis de la obra de Catulo, en contra de la opinión generalizada que le da una supremacía incuestionable a la circulación oral de su poesía, y que circunscribe la importancia de la escritura al momento previo de borrador y a su funcionalidad como medio para archivar la palabra tras su «representación» oral.

A lo largo de las páginas de este estudio, el autor va recorriendo los *Carmina* y focalizando la atención en aquellos pasajes en los que el proceso de escritura adquiere una dimensión plástica y material. En un primer capítulo se pasa revista a las «escenas de escritura», a los escenarios en los que el mismo Catulo se describe componiendo sus obras por escrito; la escritura se hace aquí tangible a través de la mención y descripción de numerosos soportes: los *volumina* de su biblioteca, la *capsula* de viaje en la que lleva libros selectos, el *libellus*, las *tabellae* descritas en el c. 50, etc. Y no son objetos inertes en los escenarios, sino que, según el Prof. Zaina, «de la presencia en grado decreciente de libros en el espacio de la enunciación, o de la completa ausencia de estos, depende que una pieza sea sofisticada o transparente y circunstancial» (p.28). De entre todos estos soportes, el autor hace especial hincapié en las tablillas enceradas, por encontrarse éstas a medio camino entre la oralidad y la escritura: al poder borrar para escribir al instante, permiten que la palabra fluya con gran libertad, casi como sucede con la oralidad. En este sentido, también se nos describe un soporte completamente diferente: el *libellus* que Catulo pretende entregar a C. Nepote (c.1).

En éste, la escritura se hace permanente y, al ser volcados al papiro, cada uno de los poemas singulares dejan de ser piezas autónomas para vincularse permanentemente entre sí y formar ciclos y sistemas. La poesía, así pues, se hace materia a través de diferentes soportes descritos por Catulo con exhaustividad y pasión; y es tal el vínculo que se genera entre estos y la poesía en ellos contenida, que el poeta utiliza en ocasiones la descripción de un soporte concreto para elaborar el retrato del poeta que ha vertido en él su obra (así, el retrato de Sufeno en el c.22).

Los signos desnudos de la escritura adquieren en otros muchos poemas el poder de infringir dolor y castigar: como amante airado, Catulo amenaza con llenar de signos la pared de una taberna, para castigar así a muchos de los que la frecuentan (c.37); son también los propios signos los que, tatuados por el poeta sobre la carne del ladrón Talo, condenan el latrocinio que éste ha cometido (c.25). A diferencia de estos ejemplos, en el c.70, este potencial «mágico» para castigar y condenar no lo detentan los signos escritos, sino los propios soportes de escritura: el poeta imagina la posibilidad de castigar la falsedad de Lesbia escribiendo sus engañosos juramentos sobre soportes como el viento o el agua, elementos éstos que corroen lo escrito sobre ellos.

Cada poema, como unidad, adquiere también una materialidad asombrosa, recibiendo apelativos como poema «gestado» o «defecado», y concibiéndose así como materiales que transitan por el interior del cuerpo hasta ser «expulsados» por algún orificio del poeta. Son también numerosas las comparaciones que el poeta establece entre la poesía y la comida: la mala poesía es compatible con la comida pesada, mientras que los líquidos y los manjares exquisitos se relacionan con la sutilidad de los versos de los *poetae noui*. La poesía deviene así en ente físico que interactúa con el cuerpo del lector de un modo similar a como lo hace la comida ingerida por el mismo. En otras ocasiones, los poemas son presentados como besos (c.16), como *venena* (c.14), o como *tela infesta* (c.116); los versos aparecen hechos de lágrimas, de heces, o de vino mezclado con la cera de las tablillas. Podemos así recolectar multitud de símiles con los que el poeta ansía transmitir su propia vivencia «física» de la creación poética.

Este interesante y delicioso recorrido a través de la manifestación más puramente física de la poesía catuliana, finaliza con una reflexión del autor acerca de la relación entre oralidad y escritura en los *Carmina* del poeta veronés. Oralidad y escritura se muestran aquí como formas de manifestación incompletas en sí mismas, que buscan incansablemente asociarse entre sí: Catulo ansía una voz «escrita», o una escritura que posea las cualidades de la voz. Las combinaciones impracticables entre ambas formas de transmitir la palabra poética recorren los poemas de Catulo: en una ocasión se pide al propio soporte que transmita la voz del poeta; en otro poema, la propia voz busca un soporte en el que materializarse. A través de estas combinaciones imposibles, el poeta nos transmite su anhelo por encontrar el medio ideal de transmisión: «un soporte con voz». En éste, el mensaje poético sería, por un lado, sonoro –y, por tanto, portador de las innumerables ventajas de la oralidad– y, por otro lado, contaría a su vez con los privilegios de la escritura, de modo que no se corriera el riesgo de que el mensaje olvidase algo o se entrometiese en la forma original del mensaje.

La obra del Prof. Zaina recorre estos y otros aspectos hilándolos con gran sutileza y elegancia. La lectura resulta así sumamente agradable, al tiempo que el autor actualiza el propio tema sobre el que se diserta: nos convierte en lectores, es decir, en receptores de la palabra escrita, tanto de la suya propia como, y justamente a través de ésta, de la del propio Catulo.

Cecilia MEDINA LÓPEZ-LUCENDO
Universidad Complutense de Madrid

Juan Luis CONDE CALVO, *La lengua del Imperio. La retórica del imperialismo en Roma y la globalización*, Alcalá la Real, Alcalá Grupo Editorial y Distribuidor de Libros, 2008, 230 pp.

La publicación de estudios que aborden desde una perspectiva multidisciplinar las complejas realidades del mundo contemporáneo no es habitual en España. La estructura académica de nuestro país fomenta la especialización extrema, la rígida separación departamental, la ausencia de comunicación entre unos campos del saber y aquellos otros que podrían resultarles complementarios. Esta separación académica llega a extremos tan dramáticos como la segregación de disciplinas concebidas originalmente como hermanas e, incluso, como partes indisociables de un todo. Así, en el mundo académico español, la Filología se desarrolla con total independencia de la Historia, y ambas permanecen ajenas a las ideas aportadas desde la Antropología Social y Cultural. El resultado no puede ser otro que un pobre y limitado panorama que afecta tanto a la investigación como a la divulgación del conocimiento humanístico en sus diversas facetas. Las distintas disciplinas, encerradas en sí mismas, se limitan a sus métodos de trabajo y sus perspectivas, se alimentan de sus propias conclusiones y, como consecuencia inevitable, se empobrecen y estancan.

La lengua del Imperio es un ambicioso intento de romper con esta ilógica y fatalista situación de distancia impuesta entre las disciplinas académicas de la Historia, la Filología Clásica y la Antropología. Ambicioso en primer lugar por su objetivo: realizar una comparación entre la retórica utilizada en la antigua Roma como medio para legitimar su poder sobre sus propios ciudadanos y sobre aquellos pueblos a los que sometía bajo su hegemonía militar, y aquella empleada en los últimos tiempos por los diversos medios de comunicación, estatales y privados, para justificar las actuaciones de los nuevos dirigentes de la política mundial, encabezados por el gobierno de los Estados Unidos. Ambicioso también por la notable dificultad de que una obra de estas características encuentre, dentro del mundo académico que hemos descrito, una acogida a la altura de sus méritos. En efecto, un estudio de este calibre no sólo precisa de un autor preparado en los diversos campos que aborda, sino también de un público, especializado o no, capaz de establecer las conexiones que sus páginas le ofrecen: del historiador Claudio Cuadrigario a los nada imparciales comentarios de un periodista de *Fox News* hay un salto, temporal y mental, que no cualquier lector es capaz de afrontar con éxito. Cuando el filólogo no es capaz de asumir que los testimonios